

# La apropiación cultural se asemeja al gato de Schrödinger... ¿Vive o no vive, ocupa o no su caja?

Anabel Torres



Sankofa. *Mentira acomodadora*. Foto ©Paulina Pérez.

6

Para asentar una idea en nuestros *haberes mentales*; fijar actitudes; descubrir cómo relacionarnos con los demás mientras nos vamos conociendo y asumiendo como individuos –diferenciadas, sí, pero parte del colectivo humano– es inevitable apropiarnos de un bagaje anterior, también colectivo. Por ejemplo, conocer la expresión *s’il te plait* y saber deletrearla hasta cuando despertamos de un sueño profundo, es una auténtica apropiación cultural, ya que el lenguaje es el vínculo cultural universal por excelencia.

Un ejemplo de apropiación cultural lo suministramos los escritores. Creamos mun-

dos imaginados, imaginarios o reales, sometidos al juicio de valor que los seres humanos hemos elegido para medir el valor perdurable de la literatura: su originalidad, relevancia y frescura. ¿Es posible, o aconsejable, el reduccionismo en la literatura? Posible sí es. Muchos actos mediocres son posibles, así no iluminen o permanezcan. Escribir solo sobre lo que se vive, o *sobre lo que se es*, como sugieren con ahínco anticolonialistas y esencialistas de renombre, y como aplaude nuestra época, individualista hasta el narcisismo, empobrecería miserablemente la literatura universal. No habría *Gulliver en el país de los liliputienses*,

porque no hay liliputienses en la vida real. No existirían *El infierno* de Dante, *El Quijote*, *La vorágine* o *Cien años de soledad*. Tampoco perdurarían las obras de Shakespeare concebidas apropiándose de fuentes ya “patentadas”, el caso de *Romeo y Julieta*, Julio César etc. Hacer toda la lista es imposible, y por fortuna inútil.

A la apropiación cultural indebida la atraviesa un factor: el económico. “Apropiarse de culturas minoritarias para pecunio propio”, se llama. Podría poner como ejemplo la cumbia colombiana *La colegiala*, descubierta por Nestlé en los años 1980 durante una visita a Colombia, y difundida en sonados comerciales que han dado la vuelta al mundo. Como su intérprete el colombiano Rodolfo Arcaidi la cantó en el Teatro Olympia de París, alternando con Charles Aznavour, y recibió un disco de oro por vender más de un millón de copias, es difícil imaginar que no hubiese pecunio de por medio (por supuesto nada comparable a las ganancias de la empresa). Caso más reciente es la demanda en 2020 del gobierno mexicano a la firma Carolina Herrera, quien aduce “estar haciendo un homenaje a las tejedoras de México” y es acusada de plagio, sin reconocer a las creadoras indígenas. Sin embargo, la humanidad se ha enriquecido conociendo esos dibujos y esa cumbia.

Más complejo es el tema de los museos. Los museos europeos, canadienses, estadounidenses, están repletos de obras de arte originarias de civilizaciones antiguas como la griega y la egipcia, obras originarias de civilizaciones que ya no existen *per se*, ni siquiera en Grecia y en Egipto. ¿Pillaje o conservación? ¿Seguirían existiendo dichas obras y estarían tan bien mantenidas en sus lugares de origen? ¿Existiría el *Guernica* de Picasso, si el artista no lo hubiera en-

comendado al Museo de Arte Moderno de Nueva York, advirtiéndole que la obra no regresara a España hasta que regresara la democracia? ¿Hubiera permanecido ileso el *Guernica* en España los cuarenta y más años que reinó el franquismo? Vista la actitud del Partido Popular actual, cuyos líderes intentan impedir y se niegan a asistir a homenajes de hitos literarios como Almudena Grandes, por ser de partidos contrarios, o vista la fiereza del partido ultraderechista Xov escrito al revés –que cobró legitimidad en diciembre 2013– ¿peligra el *Guernica*? El mundo está cambiando, no ya en años sino en meses, o días, y el oscurantismo que parecía superado nos asfixia.

La discusión está servida, sin duda. ¿Puede un hombre escribir sobre mujeres siendo hombre? A esto solo cabe responder que lo poco o mucho conocido en la literatura sobre las mujeres durante casi todos los siglos anteriores ha sido escrito casi todo por hombres, ya que las mujeres estábamos excluidas del acontecer literario, situación no extinta del todo. ¿Superado ya su origen, puede un inglés blanco de origen trabajador como Charles Dickens volver a ponerse en el pellejo de los paupérrimos niños trabajadores de la revolución industrial en *Oliver Twist*, explotados en condiciones misérrimas durante largas jornadas diarias... o puede una distinguida mujer blanca de Estados Unidos, como Harriet Beecher Stowe, ponerse en el pellejo de los esclavos negros del sur en su fuga desesperada hacia el norte emancipado, como lo hiciera Beecher en *La cabaña del tío Tom*? Ambos libros y autores lograron lo que sería el sueño de cualquier escritor humanista, a quien siempre le importará más la vida misma que sus obras: denunciar atropellos vigentes y flagrantes de sus respectivas sociedades y comenzar a atacar los privilegios de

los explotadores, logrando contribuir a este lento y accidentado proceso mundial de enderezamiento de entuertos que continúa estando sujeto a tantos vaivenes.

Es imposible que las culturas avancen sin mestizaje, fusión, o como queramos llamarlo. Difícil, artificioso, antihumano y nada idóneo, el “purismo cultural” indefectiblemente promueve un purismo de origen y condiciones de vida. Los seres humanos no somos productos, y no merecemos ser clasificados según nuestras denominaciones de origen, como si fuésemos quesos franceses, vinos chilenos o cebollas de Figueres. Otro nombre para ese movimiento por mantener la pureza de una raza o sus derivados es fascismo.

Como el gato de *Schrödinger*, la apropiación cultural es y no es. Suele identificar el proceso inicial de un empoderamiento gradual que trasciende; incómodo, sí, difícil de reconocer o aceptar, irritante por su aparente improvisación, ansia de lucro y/o frivolidad. “No es justo”, clamamos muchas veces con razón, y sin embargo siento que no se trata de simple explotación o ultraje. Mucha gente puso el grito en el cielo cuando el jazz comenzó a salir de sus locales auténticos en Estados Unidos, donde era interpretado por auténticos negros (o *afroamericanos*, para ser políticamente correcta), cuando el jazz comenzó a salpicar desde sus locales semiclandestinos, permeando el mundo ancho y ajeno con su música, hoy patrimonio universal de la humanidad. Igual sucedió con el tango, originalmente reducido a pequeños locales donde solo los hombres podían bailararlo.

La mejor apropiación cultural, en mi opinión, que solo es una opinión y no pretendo que sea contagiosa, es mítica: fue cuando



Sankofa. Mentira acomodadora. Foto ©Paulina Pérez.

Eva se apropió de la manzana, instó a Adán a probarla, a pesar de la renuencia de él, y debido a ese acto singular de rebeldía ambos fueron expulsados del paraíso. Recordando aquel mito primigenio, la manzana representaba el conocimiento. Y tarde o temprano, el conocimiento nos hace más libres.

La lucha por el conocimiento sigue vivita y coleando, y eso es más cierto en Colombia hoy, domingo 19 de junio de 2022, que todos los días.

**Anabel Torres** es Licenciada en Lenguas Modernas de la Universidad de Antioquia y M.A. en Mujer y Desarrollo del *Institute of Social Studies* en la Haya. Es poeta y sus libros son: *Casi poesía*; *La mujer del esquimal*; *Las bocas del amor*; *Medias nonas*; *Poemas de la guerra*; *En un abrir y cerrar de hojas*; *Origen y destino de las especies: de la fauna masculina paísa*; *Human Wrongs and Other Poems*; *(No) Habrá Tropol*; *¿Y la alegría?*; *Wounded Water/Agua herida, y Amar*. Correo: [deslettres.at@gmail.com](mailto:deslettres.at@gmail.com)